

Recibido en: 30/04/2011

Aceptado para revisión en: 31/05/2011

## **IMAGEN DEL PRIMER MONUMENTO DEL CID CAMPEADOR\***

### **IMAGE OF THE FIRST MONUMENT TO THE CID CAMPEADOR**

SALVADOR ANDRÉS ORDAX  
Universidad de Valladolid

#### **Resumen**

La memoria del Cid ha tenido una fecunda plasmación iconográfica, lógicamente asociada a la perspectiva cambiante a lo largo de los tiempos. Casi todo ha sido explorado, por lo que resulta interesante valorar un sencillo grabado que representa al Cid en su primer monumento funerario, cuando tras ser trasladado desde Valencia al Monasterio de Cardeña (Burgos) su cuerpo sin enterrar fue expuesto algunos años a la admiración y veneración ocasionando un “milagro”.

#### **Palabras clave**

Sepulcro. Iconografía. Cid Campeador. Grabado. Siglo XVI. Monasterio de Cardeña (Burgos)

#### **Abstract**

Cid's memories have produced an array of iconic figures that have been craved in different materials, sizes and forms and attuned to the peculiarities and characteristics of changing times. Although almost all these figures have been studied and analyzed in depth, this paper aims at presenting something new by focusing on a simple engraving that shows Cid's first memorial when his corpse was transported from Valencia to the Monastery of Cardeña (Burgos), and exposed to the admiration and veneration for several years thus producing a “miracle”.

#### **Key words**

Tomb. Iconography. El Cid Campeador. Engraving. 16<sup>th</sup> Century Monasterio de Cardeña (Burgos).

---

\* Artículo realizado dentro de las actividades del Proyecto de Investigación VA061A07, de la Junta de Castilla y León, Dirección General de Universidades, y del GIR (Grupo de Investigación Reconocido) “Patrimonio e Iconografía en la Corona de Castilla” de la Universidad de Valladolid.

La imagen cidiana ha variado a lo largo de los tiempos, de acuerdo con la cultura que se ha remodelado en cada época determinando puntos de vista diversos, desde los que se ha atendido de modo interesado a su memoria.

Una de las expresiones más elocuentes es la de su iconografía, muy abundante y variada, como lo es la serie de matices en sus interpretaciones, susceptibles de la misma cadencia de perspectivas, de modo que resulta raro encontrar algún tipo que no haya sido reiterado. Las referencias de autoridad han cambiado aludiéndose a su presunto escudo, a la genealogía, o la memoria y a la figura sintética, según variaciones diacrónicas. Una simplificada imagen del Campeador<sup>1</sup> fue obligadamente de caballero, convertido en *miles Christi* en el Renacimiento, o meramente heroico en la contemporaneidad, pero otras veces se representó en distintos temas de su vida histórica o mítica, seleccionada adecuadamente en la pintura del siglo XIX según criterios de la época, e incluso en algunos episodios llamativos que narran historias y crónicas también divulgadas en el romancero. Por supuesto la ilustración mediante grabados ha sido un elemento densificador de la iconografía, normalmente enriqueciendo publicaciones.

## 1. UNA ICONOGRAFÍA ORIGINAL: EL PRIMER MONUMENTO DEL CID EN CARDEÑA

Queremos llamar la atención iconográfica de un grabado que muestra al Cid, de medio cuerpo, con atuendo del siglo XVII, cubierto por armadura bajo la que asoma el jubón, protegiendo el cuello con gorguera. Toca la cabeza con sombrero, adornado por una pluma. Su mano izquierda sujeta la vaina de su espada, cuyo gavlán agarra con la diestra, en evidente actitud de desenfundar. El aspecto físico corresponde a lo que dicen las memorias cidianas, con barba quizás canosa, detalle obligado en sus representaciones pues a Rodrigo Díez de Vivar se le denomina en el Poema “el de la lengua barba”, con “barba tan complida”, pero más como “barba velida” (bellida, agraciada). No desentona con la referencia de Berganza sobre un retrato cidiano que había en la sacristía de Cardeña<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Si es abundante la literatura lo es en parte la referencia a su iconografía, a la que hemos dedicado un proyecto dirigido por nosotros hace tiempo, la publicación de cuyos resultados se ha demorado, si bien le hemos dedicado parciales consideraciones. Como es lógico, la más amplia publicación de conjunto con numerosas y selectas contribuciones, que remiten además a trabajos previos, ha aparecido en *El Cid. Del hombre a la leyenda*, dirigido por ELORZA GUINEA, J. C., Madrid, 2007, con motivo del VIII Centenario del *Cantar de mio Cid*.

<sup>2</sup> BERGANZA, F., *Antigüedades de España...*, t. I, Madrid, 1719, Parte Primera, pp. 577-578: “Entre las láminas que hay en la Sacristía, está un retrato de la cabeza, y cuello del Cid, y se dize que es el retrato que se sacó el mismo día que murió. El color macilento, y los ojos levantados... La pintura explica que era muy corpulento, y calvo; el cabello, y pelo de la barba eran medianamente canos, y crespos; el rostro algo más largo que redondo: la frente ancha, y llana: los ojos grandes, y las niñas de ellos negras; el cuello corto declinando en gran carnosidad: todas las partes que se ven en el retrato representan la gran entereza y animosidad con que se le pintan en las Historias”.

No se trata por tanto de un tema convencional cidiano, efigiado con mayor frecuencia como campeador, ecuestre, sobre todo como *miles Christi*. No ayuda a un lego en estos asuntos el contexto del grabado, pues se encuentra pegado a un libro cidiano del siglo XVI, posiblemente deteriorado cuando al ser encuadernado en el siglo XIX se recurrió a suplir la portada original con este grabado. Carece de firma o cualquier referencia de data, tiene en la parte superior el título “El Cid Campeador”, y está enmarcado por una simple línea.

Curiosamente se trata de una representación del primer monumento del Cid, según se deduce de la abundante literatura cidiana, a la que recurrimos solamente para explicar la iconografía y el arte a partir de las ideas que la historia y la leyenda difunden sobre el Cid, como de cualquier otro personaje heroico, real o ficticio.

Adelantamos la explicación indicando que se trata de la imagen del Cid durante los primeros años que estuvo muerto en Cardeña. Sería más fácil decir “sepulcro” porque estaba su cuerpo, o “cenotafio” pero no lo es ya que se denomina así al que no contiene los despojos funerarios. Más propio es el nombre de “monumento”, que en algún aspecto alude a la sepultura y también -ruego se me disculpe, de momento, pues lo explicaré- sirve para el túmulo efímero en que se coloca el cuerpo santo para reserva entre el Jueves y Viernes Santo. Por otra parte se trata de un monumento que sería objeto de atracción para numerosas personas eminentes y del pueblo llano, cristianos, moros y judíos.

## 2. FUNDAMENTO LITERARIO DEL ASUNTO

Es bien sabido que la vida de los personajes importantes se tejía mediante fundamentos objetivos, con su interpretación interesada, y la transmisión sucesiva de acontecimientos que entrelazan lo verdadero y lo legendario. Tal es el caso de Rodrigo Díaz de Vivar, que tras unas narraciones coetáneas e inmediatas (*Carmen Campidoctoris* o la *Historia Roderici*) desembocan en el *Cantar de Mio Cid*, y se completan con noticias de su época juvenil en la *Gesta de las Mocedades de Rodrigo*, ya del siglo XIV, así como en diversas *Crónicas* e historias medievales, que en los albores renacentistas serán sistematizadas en Cardeña con una memorable *Crónica* asociada a la monarquía hispana, teniendo posterior divulgación con el romancero o la literatura culta que lleva a cierta internacionalización europea.

No nos corresponde aquí entrar en detalles ni precisiones literarias, pero debemos recordar que los versos finales del Poema del Cid concluyen con su muerte en Valencia. Algo más se sugiere en la *Crónica de 20 Reyes* pues añade que su esposa doña Jimena y Álvaro Fañez llevaron el cuerpo del Cid hasta Cardeña. Se prolongan las secuencias en la *Primera Crónica General* pues la historia cidiana cuenta portentos, como el anuncio de San Pedro sobre su muerte

inmediata, así como con el traslado funerario hasta Cardeña, los honores tributados en el monasterio por el rey Alfonso ante sus restos, e incluso el milagro del judío que pretendía mesar su barba. Pero esta historia no se incluye en la *Crónica de 1344* que omite los dos capítulos de la muerte de Jimena y el milagro del judío.

Entre las varias referencias preferimos seguir la narración específica de la historia cidiana escrita en Cardeña en los inicios del Renacimiento, en la *Cronica del famoso [et] inuencible cauallero Cid Ruy Diaz Campeador*, que fue objeto de varias ediciones en el siglo XVI, con muy escasas variantes, pero que aquí citamos por los capítulos de la edición de Medina del Campo en 1552.

Recordamos que la *Crónica del Cid* cuenta cómo a su muerte en Valencia el cuerpo de Rodrigo fue adecuadamente tratado y llevado a una iglesia junto al Alcázar valenciano<sup>3</sup>. Al poco tiempo se le preparó<sup>4</sup> para ser trasladado hasta el monasterio burgalés de San Pedro de Cardeña, viaje en cuyo inicio precisamente se incluye la “milagrosa” victoria del Cid muerto, de elocuente visualidad, siendo después ocupada la ciudad por los musulmanes, y recuperada por los cristianos. “Empero, aunque la ganó don Jaimés, siempre la dirán Valencia la del Cid” (*Crónica* 1552, Cap. 282).

En el camino, ya en Osma, se planteó a Jimena la posibilidad de poner al Cid en un ataúd pero ella prefirió mantener el cuerpo visible mientras estuviesen sus ojos frescos y apuestos<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> *Crónica* 1552, Cap. 278: “Después que fue finado lavaron el su cuerpo dos vezes en agua caliente, e la tercera laváronlo con agua rosada; e así alimpiáronlo muy bien. Y el obispo don Jerónimo embalsamolo y untolo así como él mandara. Después juntáronse todos los homes honrados e los clérigos que eran en Valencia e leváronlo a la iglesia de Santa María de las Virtudes, que es cerca del alcáçar, e dixerón sus viglias e sus missas así como a tan honrado home como él pertenescia”.

<sup>4</sup> *Crónica* 1552, Cap. 280: “E el cuerpo del Cid fue guisado en esta manera: Ya oistes que fue balsamado, e por esta razón fincó el cuerpo yerto e colorado, e los ojos abiertos igualmente e su barba luenga mucho apuestamente, que non ha en el mundo ome que lo non supiesse e lo viesse que non dixese que era vivo. E pusieron el cuerpo en una silla muy noble del cavallo Bavieca, e pusieron la silla en un caval fuste con el cuerpo, e vestiéronle a carona un gambax de cendal delgado, e fizieron dos tablas cavadas, una para los pechos e otra para las espaldas, en que cavía todo el cuerpo, e juntávanse en los costados; e la de detrás llegava fasta el colodrillo, e la de delante fasta el pescueço; e eran encaxadas en la silla en guisa que el cuerpo non se pudiare bolver a ningún cabo. E al dozeno día en la mañana armáronse todas las compañías del Cid Ruy Díez e mandaron cargar las azémilas de cuanto tenían, de todo lo mejor que pudían haver. E quando fue la medianoche pusieron el Cid encima del cavallo, así como estava, pegado en la silla, e atáronlo muy bien con buenas cuerdas, en guisa que estava todo el cuerpo tan derecho e atán igual que semejava que estava vivo. E tenía calçadas unas calças pintadas que semejaván brafoneras. E vestiéronle unas sobreseñales de cendal verde a sus armas e una capellina de pargamino pintada e el escudo de la misma manera. E pusieronle su espada Tizona en la mano e tenía el brazo enfiesto e atado de yuso tan sotilmente que era maravilla cómo tenía el espada tan derecha e atán igual. E iva del un cabo el obispo don Jerónimo e del otro Gil Díez que lo guiava, así como mandó él”.

<sup>5</sup> *Crónica* 1552, Cap. 283: “E estando en Osma dixo don Álvar Fáñez a doña Ximena Gómez que sería bien de meter el cuerpo en ataút. E non quiso doña Ximena Gómez, e dixo que mientra el su rostro e

Llegada la comitiva fúnebre a Cardeña quitaron del caballo el cuerpo inerte del Cid y lo dispusieron ante el altar de la iglesia, recibiendo honores, misas y vigiliass con asistencia del rey don Alonso, el infante de Aragón y el rey de Navarra. Sugirió el rey que se enterrara al Cid, pero le hicieron saber el deseo de Jimena de que mientras conservase un buen aspecto se le mantuviera a la vista, por lo que dispuso el monarca su propio escaño y que se hiciera un tabernáculo encima, con las armas de Castilla y León, de Navarra, de Aragón y del propio Rodrigo, en el cual colocaron sentado el cuerpo del Cid, adecuadamente revestido, poniendo en su mano izquierda la prestigiosa espada Tizona y la diestra en el fiador del manto<sup>6</sup>.

Así permanecería durante un decenio el cuerpo inerte del Campeador, recibiendo numerosas visitas, con una celebración anual, como en las romerías que se dedican a los cuerpos de los santos, por lo que no extraña que la literatura introduzca en esta situación un portento<sup>7</sup>:

“E el abad don García Telles havia por costumbre quando fazia aquella fiesta de fazer su sermón al pueblo; e por la gran gente que se ayuntava e non cabían en la iglesia, salíase fuera, a la plaça. E él estando en la predicación fincó en la iglesia un judío e dizque se paró ante el cuerpo del Cid e començó a catar cómo estava tan noblemente assentado e en cómo tenía el rostro tan fermoso e en cómo tenía la barba luenga e mucho apuesta, e tenía la espada en la mano siniestra, e la man derecha en las cuerdas del manto, assí como lo el rey don Alfonso mandara, salvo ende que le mudavan los paños e lo tornavan en aquella misma manera. E dize la historia que quando aquel judío se paró ante el Cid que havia ya siete años que estava en el escaño el cuerpo del Cid. E en toda la iglesia non estava home ninguno sinon aquel judío, ca todos estaban fuera a oír aquel sermón que el abad fazia. E el judío quando se vio en su cabo començó de cuidar e a dezir entre sí

---

los sus ojos estudiessen tan frescos e atán apuestos, que nunca el su cuerpo en ataút entraría, ca mejor lo verían así sus yernos e sus fijas que non encerrado en ataút. E él tovo que dezía razón e dexole así?”.

<sup>6</sup>Crónica 1552, Cap. 285: “Cuenta la historia que al tercero día después que el rey don Alfonso llegó a San Pedro de Cardeña quisiera enterrar el cuerpo del Cid e supo el rey lo que dixera doña Ximena Gómez sobre ello, que no quería que se enterrase. E tóvolo por bien, e mandó traer el su escaño que él levara a las cortes de Toledo e mandolo poner a la mano derecha del altar de san Pedro, e pusieron sobre él un paño de oro muy noble e sobre el paño pusieron un cabeçal de floxel cubierto de un tartarí muy noble. E mandó fazer un tabernáculo sobre el escaño muy noblemente labrado con oro e azul, e pintadas en él las señales del rey de Castilla e de León, e del rey de Navarra e del infante de Aragón, e las del Cid Ruy Díez Campeador.

E desí el rey don Alfonso e el rey de Navarra e el infante de Aragón e el obispo don Jerónimo, por hazer honra al cuerpo del Cid, llegaron a ayudar a sacar el cuerpo del Cid de entre las tablas en que lo metieran en Valencia. E desde lo hovieron sacado estava el cuerpo atán yerto que se non doblava a ningún cabo, e su carne atán lisa e atán colorada que non semejava que era muerto, e tovo el rey que se podría fazer bien lo que quería e que havia començado. E vestieron el cuerpo de un tartarí muy noble e de unos paños que le embiara el gran soldán de Persia, e calçáronle unas calças de aquel paño mesmo, e asentáronle en el escaño que el rey don Alfonso mandara guisar e pusióronle en la mano izquierda la su espada Tizona con su vaina, e con la man derecha tenía las cuerdas del manto”.

<sup>7</sup>Crónica 1552, cap. 288.

mesmo: *Este es el cuerpo de aquel Cid Ruy Díez de quien dizen que en toda su vida nunca le travó home del mundo de la barba. Quiérollo yo agoratravar de la barba e veré qué será aquello que me podrá fazer él.*

E entonces tendió la mano por travar de la barba al Cid, mas ante que llegasse él la mano a la barba, el Cid tiró la mano derecha que tenía en las cuerdas del manto e travó en el arriás de la espada e sacola fuera de la vaina cuanto un palmo. E cuando esto vio el judío hovo atán gran miedo que cayó en tierra, amortecido, de espaldas. E cuando el abad e la otra gente entraron en la iglesia fallaron a aquel judío tendido ante el cuerpo del Cid, e estava atán quedo que semejava muerto. E el abad paró mientes al Cid e vio cómo tenía la mano derecha en la espada, que solía tener en las cuerdas del manto, e tenía la espada sacada cuanto un palmo. E fue maravillado cuando esto vio, que non lo solía tener así, e demandó el agua bendicha e echola al judío por el rostro e acordó. E el abad preguntole que qué fuera aquello, e el judío contó todo el fecho en cómo acaesciera. E cuando esto oyeron todos cuantos aí estavan fueron mucho maravillados e fizieron gran clamor e gran plegaria a Dios por tal miraglo e por tal virtud que amostrara por el cuerpo del Cid en tal manera, ca manifestamente pareció que assí fuera como el judío dixera”.

Por supuesto, el judío se hizo cristiano y vivió siempre en Cardeña dedicado al cuidado del sepulcro cidiano (*Crónica* 1552, cap. 289).

Así permanecería el cuerpo del Campeador tres años más, sobre un escaño y tabernáculo, con la diestra en el gavilán de Tizona, medio extraída de la vaina que sujeta la mano izquierda, pero por el paso del tiempo “cayósele el pico de la nariz”. Entonces ya decidieron hacer una adecuada sepultura donde le introdujeron “assí como estava assentado en su escaño e vestido de sus paños, e su espada en la mano”.

La evolución posterior del enterramiento, ya verdadera historia, es más conocida, con intervenciones especiales de Alfonso X y otras personas, incluido Carlos V quien en sus palabras cuidaría del sepulcro “mirando a que el Cid es nuestro progenitor”<sup>8</sup>.

### 3. CONSIDERACIONES ICONOGRÁFICAS E HISTÓRICAS

El grabado valenciano que representa al Campeador (fig. 1), muerto, expuesto al respeto y veneración de cristianos, moros y judíos, en su primer monumento funerario de Cardeña nos mueve a algunas consideraciones.

En realidad representa los tres últimos años de su exposición pública, es decir tras el milagro de empuñar el gavilán de su espada, amagando con desenvainarla, lo que causó pavor al atrevido judío que deseaba mesar o tirar de su barba.

---

<sup>8</sup>Remitimos a las citas en ANDRÉS ORDAX, S., “Imagen y memoria del Cid Campeador”, *BSAA arte*, LXXXV (2009), pp. 247-260.



Fig. 1 Rodrigo Díaz de Vivar, en su primer monumento de Cardena. Grabado encuadrado en un ejemplar de *Cronica del famoso [et] invencible cauallero Cid Ruy Diaz campeador* (Medina del Campo, 1552). Biblioteca de la Universidad Literaria de Valencia, Sig. BH Z-13/099.

Aquí no está representado el judío pues se trata de la imagen posterior al portento, por lo que quizás no se ha interpretado adecuadamente. Pero cabe recordar el tema del semitismo<sup>9</sup> que para el caso cidiano en general se interpretó

<sup>9</sup> GARCÍ-GÓMEZ, M., *El Burgos de Mio Cid: temas socio-económicos y escolásticos, con revisión del antisemitismo*, Burgos, Imprenta Diputación Provincial, 1982. Posteriormente varios

como “filo-semitismo”, pues se apoyaban en la raza judía distintas acciones de la empresa de la Reconquista, y por tanto era un auxilio para el Campeador.

Pero sabemos de la existencia de comentarios, injustos o no, sobre las relaciones de los judíos en la cultura hispana medieval, con el conjunto de aspectos interculturales, de los cuales se ha mantenido cierta tensión de la comunidad cristiana respecto a otras diferencias, y de modo específico a los judíos. Y esa idea respecto a los judíos se mantiene hasta tiempos recientes, lo que se refleja en los temas iconográficos, porque estaba en las costumbres.

Por recordar aspectos más cercanos, eso se producía en los ambientes universitarios, por ejemplo en los Colegios Mayores, como en el pinciano de Santa Cruz, cuyo libro Becerro (*Libro Becerro*, p. 210v) recuerda un estatuto de 1488 para que no se admita ningún colegial ni familiar descendiente de judíos, lo cual era tan general y mantenido en tiempos modernos que en el curioso libro de Lanz de Casafonda, *Diálogos de Chindulza* se critican las tradiciones antijudías en los Colegios Mayores e incluso de las cofradías de los artesanos, en época de Fernando VI<sup>10</sup>.

Y por supuesto, en la memoria religiosa hay recuerdos de las ofensas que se asignaban a judíos contra la Eucaristía, dando paso a la veneración de algunas hostias profanadas en varios santuarios.

Más espectacular es el asunto de la ofensa al cadáver por parte de un judío, que también cuentan la tradición y las devociones habría sucedido con la Virgen, por lo que se visitaba el sitio de esa profanación en Jerusalén, como acabará reflejando la literatura periegética. Este género tiene antecedentes lejanos, como los *Itineraria Hierosolimitana* o la elocuente referencia de la hispana monja Egeria. Mas para el caso de la profanación del cadáver de la Virgen nos referimos a su mención en un libro compuesto por Francisco Guerrero titulado *El viaje de Jerusalén*<sup>11</sup>, en cuyo capítulo tercero indica:

---

críticos de la literatura, según Miguel Garci-Gómez, como Casaldueiro, Bello y Bowra, han estudiado el episodio de los cofres de arena como una afrenta que estaba merecida por la usura de los judíos usureros, es decir sería una muestra de “antisemitismo”. Pero nosotros no entramos aquí en ese asunto, ni siquiera en la valoración del tema específico del Cofre del Cid, que dejamos en el mundo de asuntos inciertos de la anécdota. Sobre todo si aceptamos la posibilidad de que ni siquiera fueran judíos los citados “Rachel y Vidas”, que bien pudieron ser mercaderes que vivían en el “socastiello” burgalés, impropio para los hebreos.

<sup>10</sup>ANDRÉS ORDAX, S., *Santa Cruz, arte e iconografía. El Cardenal Mendoza, el Colegio y los Colegiales*, Valladolid, 2005. LANZ DE CASAFONDA, M., *Diálogos de Chindulza (Sobre el estado de la cultura española en el reinado de Fernando VI)* -edición, introducción y notas de AGUILAR PIÑAL, F.-, Oviedo, 1972.

<sup>11</sup> *El Viaje de Jerusalem que hizo Francisco Guerrero, racionero, y maestro de capilla de la Santa Iglesia de Sevilla*. Dirigido al Ilustrísimo y Reverendísimo señor don Rodrigo de Castro, Cardenal y Arzobispo de la santa Iglesia de Sevilla. Impreso con licencia en Valencia, en casa de los herederos de Joan Navarro. Año 1593. Fue publicado con autorización del arzobispo de Valencia San Juan de Ribera.

“Salidos de la casa de Caifás y de la ciudad, bajando un poco por el monte Sión hacia el oriente, es el lugar donde llevando los apóstoles a sepultar el cuerpo de la Virgen nuestra Señora, los judíos quisieron quitarlo de las manos de los apóstoles, y a un sacerdote de ellos que llegó al lecho se le secó un brazo, y después se le fue restituido, y se convirtió a la fe de Cristo. No hay otra señal de este santuario, sino un montón de piedras; aquí hay muchas indulgencias. Bajando un poco más por el monte Sión, cerca del muro de la ciudad, es el lugar donde san Pedro gimiendo *flevit amare*”.

Sin deseo de comparar vemos que las leyendas de la Virgen y la cidiana cuentan con la ofensa al cuerpo difunto por parte de un judío, y la conversión del mismo al cristianismo.

También procede que consideremos un detalle en el asunto de la afrenta del judío queriendo “travar su barba”, es decir asirla, agarrarla o incluso mesarla. Ya en la cultura grecolatina se consideraba una afrenta el mesar la barba, aspecto que se hereda en occidente medieval como se refleja en distintas circunstancias. Así se cuenta cuando el Cid reta a los Infantes de Carrión provocando la cólera del conde García Ordóñez que se refiere de modo ofensivo a la barba del Cid, el cual reacciona con violencia recordando que él le mesó la barba cuando le hizo prisionero en Cabra. En el caso del judío era algo simbólico, y por tanto de tal gravedad que se produjo el milagro, como en el caso de la Virgen. Y por supuesto el milagro de la reacción del Campeador destaca su valor y el simbolismo de su espada Tizona que acabó siendo legendaria<sup>12</sup>.

En varios momentos se habla sobre cierta sacralización del Cid, lo que de algún modo se relaciona con la coincidencia de los valores medievales y su reconocimiento, que están claramente codificados en el caso de los santos, y por asociación se pretenderá para el caso de personajes y héroes<sup>13</sup>, y así vemos a San Carlomagno y otras eminencias de la historia “canonizados”.

Tal sucedería con el Campeador, no sólo por su fama de virtuoso que se mantendrá hasta tiempos de Berganza<sup>14</sup>, pese a que no hubiera prosperado la iniciativa de Felipe II de encomendar a su embajador en Roma la causa de la canonización del Cid junto con la de los Doscientos Mártires de Cardeña. Un testimonio elocuente de esta santificación cidiana se mostrará en la fachada del monasterio sacralizado como *miles Christi*, imitando a los ecuestres jacobeos con los enemigos en el suelo y llevando en el estandarte la leyenda tomada del

---

<sup>12</sup> *Mutatis mutandis* la condición legendaria se aplicará a varias espadas, como la de Excalibur del Rey Arturo, ligada a narraciones medievales asimismo vinculadas con el Ciclo de la Vulgata, que incluye al Santo Grial.

<sup>13</sup> Sobre este aspecto es interesante la publicación reciente de GÓMEZ MORENO, Á., *Claves hagiográficas de la literatura española (del Cantar de Mio Cid a Cervantes)*, Madrid, 2008.

<sup>14</sup> BERGANZA, F., *ob. cit.*, I, p. 550.

Antiguo Testamento “Per me reges regnant” (*Proverbios*, cap. 8), recordando que por él reinan los reyes, como un *alter Iacobus*<sup>15</sup>.

Pero la sacralización cidiana se reflejaba ya literariamente en otros detalles, como la aparición de San Pedro anunciándole su muerte, al modo de las hagiografías convencionales de muchos santos, o sus relaciones con San Gabriel, San Lázaro o con el mismo Santiago<sup>16</sup>. E incluso, según el Padre Yepes, la propia aparición del Campeador en el año 1212, en la víspera de la batalla de Las Navas cuando, ante San Isidoro de León, se oyeron voces que correspondían al Cid y a Fernán González llamando al rey Fernando para que acudiera a la batalla.

Como no podía ser de otro modo, son varios los portentos y milagros que se cuentan tras su muerte, y personajes importantes se referirán a él como santo, según dicen Enrique IV, los Reyes Católicos, Carlos I, o Felipe II. En 1541 el abad Fray Lope de Frías entona el salmo “Los santos le alabaron en su gloria” al trasladar efímeramente sus restos, a los que denomina “Santo cuerpo”, lo mismo que el cronista mercedario Melchor Prieto (“sus huesos son reliquias y que fue santo”). De todos modos basta ojear la literatura cidiana, como vemos en su *Crónica* por ejemplo, para apreciar las constantes referencias a portentos, apariciones, o virtudes, y la consideración de su cuerpo como verdadera reliquia.

#### 4. EL LIBRO EN QUE ESTÁ INSERTO EL GRABADO.

Un ejemplar del libro *Cronica del famoso [et] inuenciblecauallero Cid Ruy Diaz campeador / Agoranueuamente corregida y emendada. En Medina del Campo, por Juan Maria da Terranoua, y Jacome de Liarcari, [En la emprenta de Francisco del Canto], 24 de octubre de 1552* (fig. 2), se encuentra en la Biblioteca de la Universidad Literaria de Valencia<sup>17</sup>.

<sup>15</sup> ANDRÉS ORDAX, S., “Almanzor vs. Santiago: Iconografía del *miles Christi* y su pervivencia en el tiempo”, en *Actas del Congreso Cuando las horas primeras. En el milenario de la batalla de Calatañazor*, Soria, Universidad Internacional Alfonso VIII, 2004, pp. 191-214. ANDRÉS ORDAX, S., “Exaltación del héroe castellano como *miles Christi* ecuestre en los monasterios burgaleses: Fernán González y El Cid”, en *Miscelánea en Honor de Ismael Fernández de la Cuesta*, Los Angeles, 2005, pp. 78-86. Desde el punto de vista literario, histórico o etnográfico también se ha considerado, como hace FERNÁNDEZ GALLARDO, L., “Santiago Matamoros en la historiografía hispanomedieval: Origen y desarrollo de un mito nacional”, *Medievalismo*, 15, 2005, pp. 139-174.

<sup>16</sup> WEINER, J., *El «Poema de Mio Cid»: el patriarca Rodrigo Díaz de Vivar transmite sus genes*, Kassel, Reichenberger, 2001 (Estudios de Literatura, 69).

<sup>17</sup> Dispone la Biblioteca de la Universidad Literaria de Valencia de dos ejemplares de esa misma edición de Medina del Campo en 1552. Uno con su portada original tiene por signatura: BH Z-12/075. Nosotros nos referimos aquí al que carece de la portada original y se le ha añadido el grabado que comentamos, cuya signatura es: BH Z-13/099. Agradecemos ciertas consultas bibliográficas amistosas con el Dr. Rafael García Mahiques, colega de la Universidad de Valencia, y el Dr. Antonio Sánchez del Barrio, Director del Museo de las Ferias de Medina del Campo.

Se trata de un volumen que perdió algunas hojas iniciales, entre ellas la portada original, de modo que al ser encuadernado de nuevo, se le añadió al comienzo una hoja manuscrita con el título y el grabado aquí considerado, el cual es seguramente del siglo XVII y, por tanto, sin relación con esa edición de la *Crónica* del Cid.

El ejemplar referido fue legado por don Francisco Barrull a la “Academia valenciana”<sup>18</sup>.

Supliendo a la portada le pusieron un papel reaprovechado, pues pone en su parte superior “Sepan quantos esta Pública Escritura vieren”, en el que se escribió, con letra mayor, la palabra “Cronica” seguida del título: “*Cronica / del / mui famoso, esforzado, é invencible vencedor i nunca vencido cavallero CID RUY DIEZ*”.

Después de esa hoja se ha insertado este grabado de un retrato del Cid, de medio cuerpo, empezando a desenvainar su espada, sobre el que hemos querido llamar la atención.

También se perdió en ese ejemplar el inicio del Prólogo, cuyo final se contiene en la primera hoja original, contando en *cul de lampe*: “cronica original en el tiempo de su vida se hizo y ordenó y los muy señalados hechos que en su tiempo hizo...”; en estos párrafos no se menciona al Infante don Fernando, pero a él se refiere al señalar que

“mandó a mí don Fray Juan de Velorado abbad desta casa de sant Pedro de Cardeña... que la hiziesse imprimir y aun suplicó al rey don Fernando, nuestro señor su aguelo, que ansimesmo lo mandasse y aun con preuillejo al impressor. Y consultado con Su Alteza e con los del su muy alto consejo se hizo así e se imprimió”.

La *Crónica*, que no está paginada, según uso del momento, se articula en capítulos, siguiendo la Genealogía del Cid con capítulos de nueva numeración y el Colofón “Acabóse 24 de octubre de 1552”.

Dentro de la abundante literatura cidiana este es un libro importante pues fue promovido por el propio monasterio de Cardeña, como elemento potenciador de su personalidad e importancia en torno a la figura del Campeador. Es sabido que el predominio de la urbanización a fines del medievo y el auge de las Órdenes Mendicantes determinó la postergación de los monasterios, que procuraron evitar el olvido mediante la *auctoritas* de sus personajes importantes, de sus sepulcros, de la ostentación escultórica de claustros y fachadas, y también otros aspectos como las Crónicas, Memorias y todo tipo de escritos con que las distintas Órdenes llamaron la atención hacia su pasado. En este proceso se inscribe la *Chronica del famoso caullero Cid Ruy*

<sup>18</sup> Tiene un *ex libris* que indica “Ex bibliotheca, quam D. D. Franciscus Barrull, Academiae Valentinae testamento legavit”.

*Diez Campeador*, cuya edición de 1512 fue realizada a instancias del Infante don Fernando, hermano de Carlos V, que se hospedó en Cardeña<sup>19</sup>. Su abad Fray Juan López de Velorado le mostró la importancia del monasterio y del sepulcro del Cid, a cuya estirpe pertenecían importantes personajes y la familia real de España, y por tanto el Infante don Fernando era descendiente del Cid. Así se afirmaba en un manuscrito existente en el Archivo de Cardeña, que podría perderse si el Infante don Fernando y su abuelo don Fernando, el rey Católico, no impulsaban su publicación por lo que el abad hizo una redacción casi definitiva.

A los pocos meses, el 31 de marzo de 1512, ya se había publicado la *Chronica del famoso cauallero Cid Ruy Diez Campeador* “en la muy noble y leal ciudad Burgos por arte e industria de Fadrique Alemán de Basilea”, según el texto preparado por su abad. Dado el prestigio de la obra, en 1552, salió otra edición en Medina del Campo “*nueuamente corregida y emendada*”, a cuyo ejemplar de la Universidad de Valencia nos hemos referido. Una tercera edición en el siglo XVI tuvo éxito, el año 1593 en la ciudad de Burgos, “en la impremeria de Philippe de Iunta y Iuan Baptista Varesio”, libro paginado que tiene como importante novedad un capítulo final con el documento “Otrosí la translación que se hizo del bienaventurado cauallero, el año de mil y quinientos y quarenta y uno”<sup>20</sup>, obra ilustrada con portada y escudo de especial interés.

Constituye una de las aportaciones interesantes de esa edición de 1593 la documentada referencia al traslado del sepulcro del Cid realizado por los monjes de Cardeña con verdadera nocturnidad, contra la voluntad popular que supo capitalizar el Condestable Pedro Fernández de Velasco y el Regimiento de Burgos cuya denuncia ante el emperador Carlos V ocasionó una Real Cédula de 16 de julio de 1541 que ordenaba la reposición del sepulcro, destacando el enojo del emperador con los monjes de Cardeña porque “vosotros no teniendo consideración... ni mirando a que el Cid es nuestro progenitor y los bienes que dexó a esa casa y la autoridad que de estar el ay enterrado se sigue el dicho Monasterio haveis deshecho y quitado su sepultura del medio de la Capilla mayor donde há más de quatrocientos años que estaua aueys puesto cerca de una escalera y lugar no decente y muy diberso en autoridad é honrra del lugar y forma que estaba”. Este ascendiente del sepulcro del héroe castellano determinaría la edición de la *Crónica* en Medina del Campo en 1552 y la posterior de 1593 en Burgos.

---

<sup>19</sup> RUDOLF, K. F., “Yo, el Infante-Fernando, *Prinz in Hispanien*”, en *Fernando I, un infante español emperador*, León, 2003, pp. 40-67.

<sup>20</sup>También en ANDRÉS ORDAX, S., “Imagen y memoria...”.



Fig. 2. Portada de la *Cronica del famoso [et] invencible cauallero Cid Ruy Diaz campeador / Agora nuevamente corregida y emendada*. En Medina del Campo, por Alexo de Herrera, mercader de libros. MDLII. Ejemplar del Archivo de la Catedral de Valladolid.